Las FF.AA. en el Foro de Debate Popular: El Legado de Newburgh

Teniente Coronel Dennis P. Chapman, Guardia Nacional del Ejército de los EE.UU

EN SEPTIEMBRE de 2002, a medida que se desarrollaba el debate furioso acerca de cómo tratar con Saddam Hussein e Irak, el ex—locutor Walter Cronkite exaltó "una discusión completamente abierta, un debate en el Congreso que se transmitiría hasta la esfera pública con respecto a la prudencia de la acción y situación en Irak."[1] Esto no es sorprendente, especialmente dado en gran parte se cuestionaba si debía existir un debate Asimismo, fue sorprendente el hecho de quiénes Cronkite consideraba ser los responsables de la falta de debate público. En vez de culpar a la administración de Bush, su primera inclinación fue criticar a las FF.AA. norteamericanas al declarar "que las mismas FF.AA. sostienen que 'no necesitamos discutir el tema, ya hemos decidido que hacer. No necesitamos debatir en la esfera pública.'"[2] En su opinión, las FF.AA. ignoraban una de las lecciones principales de la Guerra de Vietnam: que los EE.UU. nunca deben iniciar la guerra sin un apoyo concreto popular.[3]

En aquel entonces los comentarios de Cronkite no llamaron atención. No obstante, merecen un minucioso examen debido a su insinuación de que existe una confusión latente y una desconfianza popular en contra de las FF.AA. Tal vez estos son vestigios de la época tumultuosa de Vietnam. El hecho de insinuar algo así es preocupante debido a que si existía tanta duda en una persona tan renombrada como Cronkite, entonces es posible que muchos compartan la misma opinión.

Propuestas militares

Cronkite no presentó ninguna prueba concreta para respaldar su acusación, ya que, es sumamente difícil encontrar la misma. Según los archivos públicos, no existe nada que revele las perspectivas de oficiales superiores, así como tampoco existen actas de discursos, informes de prensa, testimonios ante el Congreso, opiniones de editoriales ni cualquier declaración política que Cronkite atribuye a ellos.

Se pueden analizar algunas perspectivas al leer el testimonio ante el Congreso de algunos Generales retirados antes de la puesta en marcha de la Operación *Iraqi Freedom* (*OIF*). Asimismo, no existe ningún medio que permitiría a cualquiera sacar conclusiones acerca de las opiniones personales de cualquier líder superior de las FF.AA. con respecto a asuntos políticos—y no deben existir.

El contenido primordial del argumento de Cronkite es que la administración civil no es la única organización responsable de formular la política extranjera ya que es también la responsabilidad de las FF.AA. Si fuera cierto su argumento, este garantizaría que ninguna misión o expedición militar podría iniciarse sin el consenso popular concreto.[4] Se deduce que estos argumentos exigen a los líderes superiores de las FF.AA. jugar un rol activo en la esfera pública, en particular cuando existe la posibilidad de realizar una acción impopular. Con este enfoque, si respaldan la acción, pueden sentirse obligados a públicamente defenderla para generar tal apoyo popular. Si están en contra de la acción, pueden sentirse obligados a airear cualesquier quejas con respecto a la prudencia de tal acción.

En septiembre de 2002, a medida que se desarrollaba el debate furioso acerca de cómo tratar con Saddam Hussein e Irak, el ex—locutor Walter Cronkite exaltó "una discusión completamente abierta, un debate en el Congreso que se transmitiría hasta la esfera pública con respecto a la prudencia de la acción y situación en Irak."

Decisiones civiles

A primer vistazo, el hecho de favorecer u oponerse a una acción puede ser atractivo. La transparencia del Gobierno y el debate acerca de asuntos importantes son los elementos claves de una democracia eficaz. Los periodistas siempre lo favorecen debido a ser conductores del debate público. Aunque algunos opinan que la posición es atractiva, es en realidad mala. A la inversa de ejemplificar una actitud despectiva y más bien arrogante hacia la opinión popular, la falta de participación de las FF.AA. antes de la Operación *Iraqi Freedom* ejemplifica su respeto profundo hacia la Constitución de los EE.UU. y un entendimiento concreto de sus responsabilidades manifestadas por el mismo documento.

Mientras los periodistas promueven la democracia a través de facilitar un debate popular y honesto, los oficiales de las FF.AA. hacen lo mismo por medio de no entremeterse en batallas políticas, salvo cuando se exige su pericia profesional y consejo honesto o cuando implementan los ordenes legales del presidente y sus secretarios civiles en el Departamento de Defensa. La participación de las FF.AA en cualquier debate con respecto a Irak o en cualesquier asuntos políticos socavaría el aspecto central de nuestra forma de Gobierno: de frenos y contrapesos.

Lo genial de la Constitución es que confiere a cada sección del Gobierno sólo los poderes específicamente enumerados y necesarios para realizar sus responsabilidades. A la vez, capacita suficientemente a cada sección para frenar el poder de las otras secciones y obstaculizar el deseo de desbocarse. Este sistema capacita al Gobierno a operar eficazmente mientras que impide la acumulación abrumadora de poder por parte de cualquiera de las secciones lo cual socava el proceso democrático.

Las FF.AA. están sujetas al sistema de frenos y contrapesos de igual manera que cualquier otra sección del Gobierno. El primero de estos frenos es el poder legislativo de suministrar el dinero. El Artículo I, Sección 8, de la Constitución confiere al Congreso el poder de apropiadamente suministrar fondos necesarios para establecer y apoyar ejércitos y armadas así como limita los fondos de asignación a un término de dos años.[5] Sin embargo, más pertinente es el freno establecido específicamente para las FF.AA. El Artículo II, Sección 2, consagra al Presidente de los EE.UU. como el Comandante en Jefe de las FF.AA. y no a cualquier oficial uniformado.[6] Un factor cardinal de esta provisión es la subordinación de las FF.AA. a las autoridades civiles, la cual es un aspecto crucial de nuestro sistema de Gobierno. Tal vez el freno principal en contra del poder ejecutivo en general, y en contra de las FF.AA. en particular, es la obligación de cada oficial de las FF.AA. de reconocer la supremacía de los líderes civiles tanto en el Congreso como en la Casa Blanca.

El Complot Newburgh

El origen de la obligación de las FF.AA. de obedecer oficiales democráticamente electos se remonta al establecimiento de la Republica. En marzo de 1783, el General George Washington rechazó un movimiento dirigido por oficiales descontentos del Ejército Continental para obligar al Congreso a cumplir con su promesa de suministrar una remuneración para soldados en el

El origen de la obligación de las FF.AA. de obedecer oficiales democráticamente electos se remonta al establecimiento de la Republica. En marzo de 1783, el General George Washington rechazó un movimiento dirigido por oficiales descontentos del Ejército Continental para obligar al Congreso a cumplir con su promesa de suministrar una remuneración para soldados en el Ejército.

Ejército.[7] En el Complot Newburgh, algunos oficiales anónimamente pusieron en circulación una carta que recomendaba el repliegue del Ejército hacia el Oeste por el transcurso de la Guerra o tal vez rehusar a disolverse después de la guerra si el Congreso no satisficiera las quejas del Ejército.[8] Asimismo, los descontentos querían convocar una reunión de oficiales insatisfechos en que redactarían un ultimátum escrito que proveería al Congreso una oportunidad final de abordar sus quejas y evitar lo que equivaldría a la amenaza de un motín.[9]

Después de haber sido avisado de la reunión y su propósito, Washington actuó rápidamente para desbaratar el complot. Al denunciarlo como "irregular y desordenado," sofocó la asamblea y luego convocó su propia reunión cuatro días después.[10] Durante esta segunda reunión, Washington rechazó la carta y sus autores anónimos, solicitó la paciencia del Ejército y prometió la cooperación del Congreso para procurar una remuneración para todos. Debido a la resistencia del General Washington, el Complot Newburgh fracasó.[11] Desde aquel entonces, las FF.AA. norteamericanas siempre han aceptado obedientemente que su función no es mandar sino obedecer.

Las FF.AA se conforman con las limitaciones manifestadas por la Constitución de los EE.UU. Su rol es ejecutar de manera fiel las leyes y políticas de los EE.UU. y las órdenes del Presidente y el Congreso. Los líderes superiores de las FF.AA. están constitucionalmente obligados a proporcionar los consejos e información necesarios a los líderes civiles para apoyar el proceso de la toma decisiones políticas. Además, es la responsabilidad exclusiva de líderes políticos de determinar por último las políticas y formar un apoyo popular. El hecho de favorecer cualquier posición política por parte de las FF.AA. socavaría el sistema inspirado de frenos y contrapesos que sustenta nuestra democracia. Este respeto absoluto ha salvado a los EE.UU. del destino de una variedad de países, donde sus oficiales se apoderaron del poder de Gobiernos civiles debido a haber sido considerados débiles o ineficaces.

Las FF.AA. de los EE.UU. y el debate público

Para entender cuán impropio habría sido si unos oficiales de las FF.AA. participaban en el debate popular con respecto a Irak, se puede imaginar la reacción negativa de los adversarios políticos del Presidente George W. Bush en el Congreso si pedía el apoyo político de sus Generales para iniciar de nuevo una guerra en Irak. Habría causado un escándalo público. Los adversarios habrían expresado su fuerte indignación ante la politización flagrante de las FF.AA. Una campaña pública realizado por oficiales de las FF.AA. con respeto a cuestiones políticas socavaría el poder constitucional del Congreso a gobernar estas instituciones.[12]

Peor todavía, se puede imaginar si algunos oficiales superiores de las FF.AA. hubieran realizado una campaña pública en contra de la política de Bush. Mientras satisfacer a corto plazo las emociones de los adversarios de la guerra, habría sido un desastre para la Patria. Habría claramente desafiado el mandato constitucional del Presidente como el Comandante en Jefe. Si les permitieron continuar sin disminución, habría gravemente socavado la autoridad del Presidente, ahora y en el futuro, sobre las FF.AA.

El último General que se opuso de manera pública a la política de un Presidente fue el General Douglas MacArthur, quien fue despedido después de reñir públicamente con el Presidente Harry S. Truman acerca de la conducción de la Guerra de Corea.

El último General que se opuso de manera pública a la política de un Presidente fue el General Douglas MacArthur, quien fue despedido después de reñir públicamente con el Presidente Harry S. Truman acerca de la conducción de la Guerra de Corea. Truman constató que: "Un debate vigoroso y pleno de los asuntos de política nacional es un aspecto crucial del sistema constitucional de nuestra democracia libre. Además, es fundamental que los comandantes de las FF.AA. deban ser gobernados por las políticas y directrices promulgadas de manera manifiesta por nuestras leyes y Constitución. Durante tiempos de crisis, esto es particularmente importante."[13]

Cronkite tuvo razón en pedir un vigoroso debate público acerca de Irak, pero, es simplemente incorrecto esperar que las FF.AA. públicamente favorezcan o se opongan a cualquier posición política. Este rol pertenece exclusivamente a la competencia de los líderes democráticamente electos.***MR***

NOTAS

1. Walter Cronkite, entrevista por Larry King, en *Larry King Live, CNN*, el 9 de septiembre de 2002.
2. *Ibíd*.
3. *Ibíd*.
4. Tal vez existen más aspectos de las críticas de Cronkite. Al analizarlas detalladamente, me pregunto si Cronkite sospechaba que las FF.AA. no sólo ignoraban la opinión popular sino que sean en realidad la fuerza motivadora del movimiento a favor de una segunda guerra contra Irak. Los oficiales superiores de las FF.AA. juegan un rol principal en formular e implementar la política exterior de los EE.UU. (Para leer una discusión de este tema, véase Dana Priest, *The Mission: Waging War and Keeping Peace with America's Military* [Nueva York: W.W. Norton & Company, 2003].) Apenas, esto no resulta inexorablemente en la conclusión de que las FF.AA. fueron el arquitecto verdadero de la decisión de nuevamente luchar contra Saddam Hussein. De hecho, apenas es axiomático que las FF.AA. apoyarían de manera automática esta misión. Se debe recordar la reticencia inicial del General Colin Powell hacia la intervención contra Irak después de su invasión de Kuwait en 1990 para confirmarla. (Véase Bob Woodward, *The Commanders* [Nueva York: Simon & Schuster, 1991], pág. 214). Con respecto a las opiniones personales de los actuales líderes de las FF.AA. antes del derrocamiento de Saddam, no existen muchos comentarios. Antes del principio de la guerra real en Irak, una variedad de oficiales retirados eran pesimistas y preveían la posibilidad de sufrir muchas bajas y enfrentar muchos problemas. Sus perspectivas no ejemplifican un entusiasmo abrumador en las FF.AA. a favor de una segunda guerra contra a Saddam.
5. La Constitución de los EE.UU., Artículo I: La Sección Legislativa, Sección 8: Los poderes del Congreso, Cláusula 12, en la Internet: www.usconstitution.net/const.html, accedido el 21 de diciembre de 2005.
6. Ibíd., Artículo II: La Sección Ejecutiva, Sección 2: El poder civil sobre las FF.AA., Gabinete Ministerial, Poder de Amnistía, Nombramientos, Cláusula 1, en la Internet: www.uscontitution.net/const.html, accedido el 21 de diciembre de 2005.
7. Paul David Nelson, General Horatio Gates: A Biography (Baton Rouge, Louisiana: Louisiana State University Press, 1976), pág. 269.
8. *Ibíd*., pág. 273.
9. North Callahan, George Washington: Soldier and Man (Nueva York: William Morrow & Company, 1972), pág. 261.
10. Richard Norton Smith, Patriarch: George Washington and the New American Nation (Nueva York: Houghton Mifflin Company, 1993), pág. 19; Callahan, pág. 261.
11. Nelson, pág. 275.
12. La Constitución de los EE.UU., Artículo I, Sección 8, Cláusula 14, en la Internet: www.usconstitution.net/const.html, accedido el 21 de diciembre de 2005.
13. Clay Blair, *The Forgotten War: America in Korea, 1950-1953* (Nueva York: Times Books, 1987), pág. 796.

El Teniente Coronel Dennis P. Chapman, Guardia Nacional del Ejército de los EE.UU., es el Jefe de la Sección de Despliegues, Oficina de la Guardia Nacional. Recibió su licenciatura de la Academia Militar de los EE.UU. en West Point, su Doctorado de la Facultad de Derecho Thomas M. Cooley y es egresado de la Escuela de Comando y Estado Mayor General del Ejército de los EE.UU. Ha servido en una variedad de posiciones de mando y estado mayor en el territorio continental de los EE.UU.